

LUCY WATTS- MUMFORD: UNA INGLESA EN CABRA



Juan Antonio Díaz López

*Profesor de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad de Granada y pintor.*

*E*n nuestra tarea de recuperación de personajes de Cabra o relacionados con ella, quiero dedicar este espacio a la figura de una señora inglesa, Lucy Watts Mumford, conocida entre su familia como Tita Lucía, y entre todos sus discípulos, como Mrs. Gámez.

Esta contribución mía no pretende ser una biografía, sino una semblanza del personaje haciendo uso de mi memoria, a través de los años en los que la conocí y tuve contacto con ella como discípulo.

El apellido español lo había tomado de su marido, Fernando Gámez, natural de Cabra del Santo Cristo.

Nació en Londres, en un año que no puedo precisar, pero que pudo ser a comienzos de la segunda década del siglo pasado. Cuando recordaba Londres, lo hacía con la nostalgia de una ciudad que ya nunca volvería a ser la misma. Ella vivió todavía en esa Inglaterra,

posterior a la Reina Victoria, pero que todavía conservaba alguno de los rasgos de ese gran periodo. Londres era para ella el centro del mundo. Su acento londinense la delataba, un acento exquisitamente británico, que no admitía de ninguna manera algunos de los modismos que el inglés americano estaba introduciendo.

Una vez casados, el matrimonio formado por Fernando Gámez y Lucy Watts vivió en Barcelona antes, durante y después de la guerra. Precisamente ella recordaba la Guerra Civil, como uno de los momentos más tristes de su vida. Al comienzo de la contienda, en una Barcelona llena de fervor revolucionario, recibe la noticia de la enfermedad de su madre. Con gran dificultad sale de España para atenderla en sus últimos días. Cuando intenta volver a España, le niegan el visado alegando que el país estaba inmerso en una guerra civil. Llega incluso a hacer sentadas delante de la delegación española para que le permitan volver al lado de su marido. No es hasta el final de ésta cuando se le permite volver a una Barcelona, que había sido la última ciudad en manos republicanas y el colofón de un conflicto que marcaría para siempre a vencedores y vencidos .



El matrimonio decide cambiar de aires y poco después se mudan a Mallorca donde pasan algunos de sus mejores años. Allí trabajaría como profesora, traductora e intérprete y en algunas ocasiones había de ser la intérprete de Manuel Fraga, del que guardaba el peor de los recuerdos, ya que decía que era un personaje autoritario, con unos modales bruscos que no encajaban con su exquisita educación británica.

La vida social durante su estancia en Mallorca era una de sus mejores recuerdos. Una anécdota que nos contaba, cuando intentaba explicarnos en clase los falsos amigos en inglés y en español, era la de aquella vez que la sacan a bailar en una fiesta y ella alega que no sabe bailar, pero al final sale , con el resultado de una serie de pisotones a su compañero de baile al que le dice la traducción literal española de “I feel embarrassed”, que sería algo así como, “Me siento embarazada”, cuando en realidad ella quería decir, y lo que significa realmente, es que se sentía violenta por estar bailando tan mal. Su acompañante le pidió disculpas por no haberse dado cuenta del supuesto estado de embarazo. Cuando terminaba de contar la anécdota no podía parar de reír.

Lucy y Fernando no tuvieron hijos. Quizás, por eso, cuando Fernando murió, ella pensó que dado que la mayoría de la familia de su marido residía en Granada, debería trasladar su residencia allí.

Y en Granada, en el callejón de Nebot se estableció y poco después comenzaría su labor pedagógica, alternando las clases de conversación y traducciones con la preparación de oposiciones de los candidatos a profesores de inglés de enseñanza secundaria.

Dado que mi contacto real con ella tuvo lugar cuando yo había acabado mis estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Granada y aún no tenía claro mi futuro, decidí que iba a preparar oposiciones de Enseñanza Secundaria. En la Universidad de Granada tanto compañeros como profesores sabían que la mejor profesora nativa era, sin lugar a dudas, Mrs. Gámez, toda una institución en el mundo de la Filología Inglesa, pues generaciones de profesores de secundaria y de Universidad pasaron por sus manos y recibieron sus enseñanzas. Incluso, me atrevería a decir que para muchos de ellos, Mrs. Gámez era el primer contacto importante con la lengua y la manera de ser de los británicos.

No recuerdo exactamente cuando pero debió ser a principios de los 70, Mrs. Gámez se mudó a un piso en la calle Arabial, al lado del cruce con Recogidas. Allí en una mesa grande del salón de un piso amplio, daba sus clases. La casa daba a la Vega, cuando la Vega era un lugar idílico, verde, que a ella le recordaba en cierta manera a algunos paisajes de su Inglaterra natal. Desde aquella terraza suspiraba con un toque de nostalgia con la mirada perdida en la puesta de sol sobre la fértil llanura. Afortunadamente no llegó a ver como el paisaje que ella disfrutaba, cambió hasta desaparecer. Ese piso estaba lleno de recuerdos de toda una vida. Fotografías, pequeños cuadros, un pequeño tocadiscos, formaban ese mundo privado en el que ella se encerraba en sus escasos momentos de soledad.



Recuerdo mi primer día. Llegué, ella abrió la puerta y me preguntó por la razón de mi visita. Yo le dije que quería dar clases con ella, porque tenía en mente preparar oposiciones de instituto. A partir de ese momento dijo: "Entonces hablaremos en inglés, porque no podemos perder el tiempo". Hasta tiempo después yo no mencioné a Cabra para nada, pero un día, no recuerdo por qué, ella mencionó un pueblo llamado con el extraño nombre de Cabra del Santo Cristo y me preguntó si yo conocía ese nombre. Se quedó de piedra cuando yo le dije que no sólo me era familiar, sino que había nacido allí y era hijo de Vicente Díaz, que había sido amigo



de su marido. A partir de ese momento, nuestra relación de profesora-alumno cambió radicalmente. A veces estábamos solos y me contaba historias y anécdotas relacionadas con Cabra y su marido. Yo le dije que la recordaba siendo niño en Cabra, que me llamaba la atención su figura, extrañamente alta para la talla de las mujeres españolas, con un pelo rubio, que a los ojos de un niño era el símbolo más evidente de que se trataba de una extranjera. Luego, las explicaciones de mi padre, aclarándome que ella era la mujer de Fernando Gámez, y que era inglesa.

Poco después de empezar mis clases con ella, recibí una llamada del Jefe del Departamento, el profesor Rafael Fente, invitándome a formar parte del mismo, como profesor ayudante. Ese mismo día, cuando llegué a casa de Mrs. Gámez, le conté la buena noticia y recuerdo su alegría, a pesar de que ella sabía muy bien que aquello era el comienzo de una carrera académica larga y ardua. Por supuesto, durante los años siguientes continué asistiendo a sus clases, aprendiendo algunas cosas que desde entonces me han servido para demostrar mi dominio del inglés, una lengua que ella amaba y mimaba tratando de transmitir ese mismo amor a todos los que disfrutamos de sus enseñanzas.

Pero había un momento especial en el año. Era el día de Santa Lucía, el día de su santo. En esa ocasión nos invitaba a un grupo de los que ella consideraba sus mejores alumnos, que para entonces eran también sus amigos, y ella preparaba una pequeña fiesta, con comida, bebida y música. Hablando de música, ese día tan señalado, todos escuchábamos, llegando a aprendernos la letra de su canción favorita, Fernando, del grupo sueco Abba:

There was something in the air that night
The stars were bright, Fernando
They were shining there for you and me
For liberty, Fernando

Though I never thought that we could lose
There's no regret
If I had to do the same again
I would, my friend, Fernando

Obviamente era su manera de recordar al que fue su marido y compañero durante tantos años. Y otro tanto ocurría con una bebida especial que ella preparaba con mimo británico, un magnifico gin tonic, que le hacía recordar tiempos mejores y que acababa por poner el toque nostálgico. Muchas veces, la conversación derivaba hacia viajes recientes o en proyecto. Ella solía viajar en verano, la mayoría de las ocasiones por su Inglaterra natal, su Londres, que según iba avanzando el siglo, se iba transformando, según ella, a peor, pues lo que ella recordaba de su ciudad, era la educación de la gente, la corrección en las formas, el mantenimiento de las tradiciones, y no soportaba la arrogancia, e incluso la violenta descortesía en las formas de todos los que poco a poco habían ido transformando la ciudad. Le indignaba que la gente tratara de saltarse las colas, algo sagrado hasta ese momento en Gran Bretaña.

Pero también viajó por casi todo el mundo, incluso un año se atrevió con Australia, pero volvió un poco decepcionada por ser un país tan joven. Conforme pasaban los años, fue distanciando los viajes a Inglaterra, pues la poca familia que tenía allí, desapareció antes que ella, y decía que no tenía sentido llegar a un país en el que no tienes amigos ni familiares. Sus narraciones viajeras estaban condimentadas con sabrosos comentarios sobre las costumbres y tradiciones del país, al estilo de esas narraciones de los viajeros ingleses de todas las épocas.

Conforme los años iban pasando, Mrs Gámez, y ella no era una excepción fue perdiendo facultades. La vista, las piernas y el equilibrio. A pesar de todo, ella siguió con sus clases todas las tardes. Tuvo varias crisis, y una de ellas, causada por un accidente doméstico hizo que se planteara el dejar de vivir sola e independiente. Le costó mucho decidirse, siempre ayudada y aconsejada por la familia de su discípula y amiga Carmen Pérez Basanta. Al final se encontró una solución con su traslado a la Residencia de Mayores de Fray Leopoldo, en la calle Ancha de Capuchinos. Lo más doloroso estaba por llegar, tenía que desprenderse de todo lo que la había acompañado en los últimos años, muebles, libros, recuerdos. Los muebles se vendieron, el resto, lo regaló a amigos y familiares. A sus



discípulos nos fue regalando libros, que aunque obsoletos, guardamos como el más preciado tesoro de nuestra maestra.

En su nueva residencia, aparte de su habitación individual, pequeña, casi monástica, pero acompañada de algunos de sus recuerdos, la Dirección le permitió usar en la planta baja una habitación para sus clases. Todavía, esos últimos años, muchos de nosotros continuamos asistiendo allí, más como una visita a nuestra amiga, que a recibir clases de nuestra antigua profesora. Carmen estaba siempre atenta a sus necesidades. Otros discípulos no dejaron de visitarla, sabiendo como sabían que ella nos necesitaba. Matilde Ruiz, por ejemplo, de vez en cuando la recogía en el coche y subían hasta el Hotel Alhambra Palace, y allí en la terraza se tomaban un gin tonic por los viejos tiempos. Las últimas flores que yo le llevé el último día de Santa Lucía no recordaba días después quien se las había llevado. Y aunque yo debería saber la fecha de su muerte, hice el esfuerzo para que se me olvidara un momento tan triste. Carmen Pérez Basanta nos avisó a algunos amigos, y nos dijo que había muerto durante las vacaciones de Semana Santa y que en la residencia no habían avisado a nadie, sólo a algunos familiares cercanos. Cuando ella pidió recoger las cosas de su habitación, le dijeron que ya estaba ocupada, y que las pocas cosas se habían recogido y tirado, porque eran cosas sin valor. Triste final para tan gran mujer y mejor persona.

Aunque todos estos finales suelen ser tristes, no quiero acabar así y terminaré contando como su labor de difusión de la lengua y la cultura británicas fue reconocida, al menos en mérito, aunque no de facto.

En el año 1982 le fue concedida la distinción honorífica de CBE, Comandante del Imperio Británico al escritor e hispanista Gerald Brenan. Pues bien, ese mismo año en la lista de propuestas enviadas por el Cónsul Británico en Málaga a la Embajada Británica y al Foreign Office, estaba el nombre de Mrs. Gámez, por su labor en pro de la difusión de la lengua inglesa en España durante tantos años. El hecho de haber tenido que competir con Brenan, un escritor bastante reconocido para aquel entonces, hace que su figura se agrande aun más.

Esta dama Anglo-española había nacido en Londres y muerto en Granada, la meta de tantos viajeros ingleses, pero entre sus recuerdos siempre había estado ese pequeño pueblo del Sur, con el extraño nombre de Cabra del Santo Cristo.